

Enrique Fernández Ledesma, *La gracia de los retratos antiguos*, 2ª ed., México, Instituto Cultural de Aguascalientes, 2005.

¿Por qué reeditar *La gracia de los retratos antiguos*, cincuenta y cinco años después de su primera edición? La respuesta nos la da Aurelio de los Reyes en la presentación de esta nueva edición, realizada finamente y con gran esmero por el Instituto Cultural de Aguascalientes. Desde el encuadrado con pastas duras —con su camisa de papel albanene que vela la imagen de dos niñas tomadas de la mano— e impreso en papel semisatinado color hueso, el lector se dará cuenta que en sus manos tiene un libro único. *La gracia de los retratos antiguos* era una publicación casi mítica, imposible de conseguir en librerías de usado y una referencia más obligada para historiadores, sin importar que no instrumentara metodología alguna de análisis de imagen o catalogación de técnicas y fotografías o de investigación historiográfica.

La belleza de esta publicación radica en los espacios, tiempos y atmósferas nostálgicas que decanta Fernández Ledesma, con un lenguaje de vena poética al interpretar y evocar a los retratados y sus costumbres de un México que se nos fue. La mirada se envuelve en daguerrotipos anónimos, montados en estuches de *Valdeck*, *Bourard* o *Littlefield*, *Parsons* y *Cía*, y la atención se posa en los retratos realizados con gracia en las manos maestras de estudios y fotógrafos como Montes de Oca, Cruces y Campa o Valletto y Cía., entre otros. Aun en la era de la reproductibilidad, estos retratos son únicos y singulares, verdaderos tesoros para la sociedad cosmopolita de la época, que disfrutaba en solitario o compartía con *donosura* la efigie de la madre, hermanos, prometidos o hijos. Aun a nuestros ojos los personajes no identificados nos despiertan asombro por las posturas, indumentarias y actitudes del México sofisticado del siglo XIX.

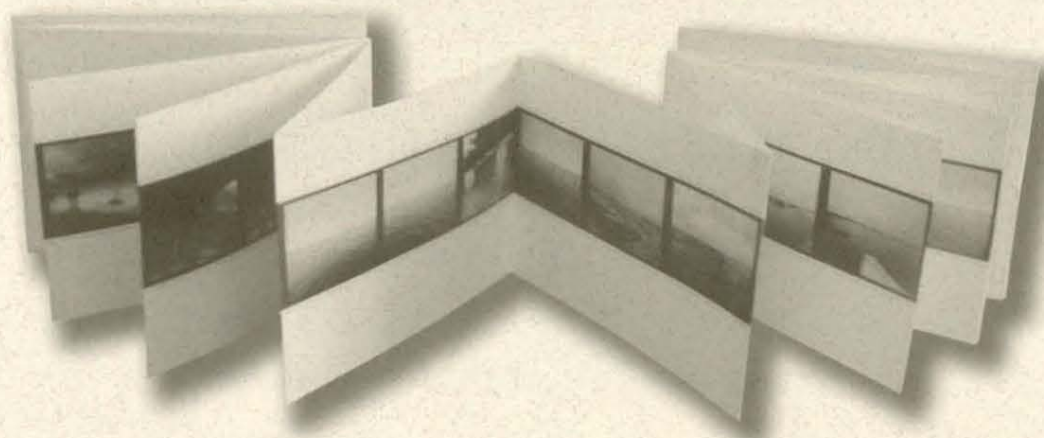
El maridaje perfecto entre el porte de los retratados y las anotaciones entrañables de Fernández Ledesma nos capturan para entender la majestuosidad y orgullo de la *mexicanidad* en que se vivía. Sólo se muestra al *criollismo gallardo* de la época, donde no hay lugar para *el lépero*, *el pécora* o *el cócora* por su dudosa *polidez*. El lenguaje utilizado por Fernández Ledesma en sus anotaciones crea el aura necesaria que nos permea de entusiasmo para, así, observar minuciosamente a los retratados sobre superficies que emanan finos aromas como la *Colonia de Farina*, adornados exotismos simbólicos en *gargantillas*, *guardapelos* y *relicarios*, así como *piqués bordados a mano* y sombreros de fieltro de *ala ancha* y un *poco aclarinada* mercadeados en *Falconi* o *Zolly* dan el cierto toque para comprender el modo de pensar de una época gloriosa para México, sus retratados y sus retratistas.

Gerardo Montiel Klínt



Laura Barrón y José Teodoro, *Cathedral*, México, Conaculta-Fonca/The Banff Centre, 2005.

Se trata de un libro que, desplegado, mide unos tres metros de extensión. Un largo acordeón dentro del cual se contienen unos paisajes tan desolados como apacibles que conforman una pausada cadencia de imágenes. Un largo recorrido que va de lo luminoso de un mar diurno a una oscuridad indefinible. Y en medio algunos vestigios apenas sugeridos, lo vertiginoso de un tránsito en fuga, la aridez de la piedra,



la arena que forma una delicada atmósfera, apenas una arquitectura que se deja asomar. Cielos con sólo un asomado trazo de blanco. El mar siempre como contrapunto de un azulado acabado minimalista, frente a la naturaleza inhóspita de un verde-amarillo. En medio, todo, de una blancura diseñística que hace emerger a las imágenes en su luminosidad de color. Es el libro *Cathedral* de la hiperestilizada paisajista mexicana Laura Barrón y del escritor canadiense José Teodoro.

Tres años después ver el último trabajo de Laura Barrón en el D. F. (su instalación *Islario*, Muca Roma, 2002, en donde ya se dejaba asomar el trabajo en color), aparece *Cathedral*, un envolvente libro que apunta hacia nuevas direcciones en la obra de la fotógrafa. Por que he aquí la tranquilidad de los cielos frente a lo dramático y muchas veces oscuro, hasta lo enigmático, que de ella se había visto (digamos *Paradeisos*, Galería Nina Menocal, 1998). Permanecen los apuntes sobre los vestigios, esos residuos civilizatorios, pero ahora con mucho menos frialdad, por lo que ahora quedan fuera esos ámbitos industriales que tanto trabajara. Y poco a poco comienza a aparecer la figura humana, que esta artista tan obsesiva dejara fuera.

*Cathedral* se vuelve, entonces, un viaje en solitario o sólo con un acompañante al lado, el cual en buena medida nos narra la ruta. Escribe José Teodoro:

007. Avanzamos por la calle 55 para atracar en la Cafetería Edén, sus traslúcidos muros azul verdoso, sus costales de café y sus goteras apocalípticas... 008. Trastabillamos de la casa abandonada a los carniceros nocturnos con sus botas de plástico blancas, sus bigotes de insignia, sus cerdos suplicantes, sus canciones de amor monotemáticas y la perra embarazada que me ve como si supiera que yo soy el extranjero. 029. Subimos por las escaleras de madera a la azotea monolítica color terracota de la catedral situada a la orilla de los niños

momificados por el sonido de los disparos, una inválida campana de iglesia y una vieja banda ranchera conjurando profecías frente a un porche mientras que el fuego de la cocina hace señales invisibles para llamar a la cena a través de las enredadas sombras de la jungla color caqui...

Diario de viaje (con un numeración nunca en línea, en donde la página anterior no tiene que ver con la que sigue, a la manera de *El libro de arena* de Borges). Pero un viaje en donde se recobra la memoria de un recorrido que va de la ciudad de Mérida a los paisajes canadienses.

*Cathedral*, es el primer resultado de una inusitada beca que hace unos cuatro años convocó el Fonca y cuya convocatoria nunca se volvió a repetir. Esto es, llevar a cinco escritores canadienses a los calores de Mérida para que trabajaran en conjunto con cinco fotógrafos mexicanos, quienes a su vez fueron llevados a Canadá para trabajar con los primeros. Y también llevar a cinco escritores mexicanos para que colaboraran a dúo con cinco fotógrafos canadienses. El resultado de esta —un tanto forzada— relación de trabajo nunca se concretó (se habló de un libro que integraría todos los trabajos). Y terminó por olvidarse el proyecto. Por eso el libro de Barrón y José Teodoro se presenta como el único testimonio de esos encuentros de los que ya nadie se acuerda (muchos menos el Fonca). Presentado como parte de un rico programa del Sexto Encuentro Nacional de Fototecas llevado a cabo en Pachuca, Hidalgo, y a la par de una exposición (*Periferia*, con una limpia museografía que sigue el blanco diseño editorial del libro), éste es el regreso de una artista que cambió los rumbos del paisaje en México.

[N. del ed.]